

ACERCA DE LAS REDONDILLAS DE SOR JUANA INES DE LA CRUZ

P O R

C L E M E N T I N A D I A Z Y D E O V A N D O

LA composición más popular de Sor Juana es, seguramente, la redondilla que lleva por comentario: *Arguye de inconsequentes el gusto y la censura de los hombres, que en las mujeres acusan lo que causan.*

Esta formidable requisitoria al varón ¿carece de influencias extrañas a la inspiración de la "Décima Musa"?

Por las relaciones que pueden establecerse entre la redondilla y un romance caballeresco de autor anónimo intitulado *El maldiciente*, aseguraríamos lo contrario.

Ya los eruditos han estudiado el sedimento que Góngora y Quevedo dejan en la obra de Sor Juana; y así, como éstos, sus excelsos modelos, a pesar del barroco decir y de las conceptuosas imágenes, no desdeñan componer romances —los artísticos o nuevos— también nuestra monja recurre a tan encantadoras canciones populares.

Poetisa de exquisita y verdadera sensibilidad, no obstante el juicio adverso de fray Benito Jerónimo Feijóo: "diré que lo que menos tuvo

fué talento poético aunque es lo que más se celebra”,¹ no podía sustraerse a la inefable belleza romancera.

Los romances, desde que los hispanos llegan en plan conquistador y colonizador a las recién descubiertas tierras, se recuerdan y se recitan en todas las ocasiones. Y, durante los siglos XVI y XVII, los de su auge en España, arriban sin interrupción a las Indias, puesto que representan el eco vivo de la patria. Es tanta su aceptación que al menospreciarse por los poetas italianizantes, se prolonga en las nuevas colonias la discusión y defensa del metro nacional, iniciada vigorosamente en la Península por Cristóbal de Castillejo y concluida en definitiva por Lope de Vega.

El conquistador del Nuevo Reino de Granada, Gonzalo Jiménez de Quesada, según referencia de Juan Castellanos en sus *Elegías de varones ilustres de las Indias*, era, junto con sus caballeros decidido defensor del octosílabo, por su arraigo netamente español:

y el porfió conmigo muchas veces
ser los metros antiguos castellanos
los propios y adaptados a la lengua
por ser hijos nacidos de su vientre . . .

y en pláticas que se animaban al debatirse este asunto, se recurría a los romances primitivos para remachar la defensa.¹

En la centuria del XVII en que vive Sor Juana, magüer la real cédula de Felipe II dada en 1542 impidiendo su entrada a los Virreinos y Capitanías, y de la perjudicial infiltración erudita en la poesía, sigue el éxito de los romances en todos los dominios ibéricos.

Los códices coloniales que ahora van desempolvándose, nos muestran cómo se les conoce en las diferentes posesiones ultramarinas y cómo interfieren sus versos en las creaciones romancescas de factura autóctona. Además, conforme avanza el estudio del *Romancero* en América, aparecen inúmeros romances conservados por la tradición oral, aunque modificados muchos de ellos por su contextura realista y, en parte, según opinión de don Vicente T. Mendoza, por el Santo Oficio, que al incinerar los *Romanceros* contribuye a que se rehagan: perdida la escritura, el gusto del memorizador metamorfosea los renglones.

En metro de romance se notician en la Colonia los cambios de Virreyes, se describen las fiestas profanas y religiosas; las honras fúnebres, por

¹ Citado en *Semblanza de Sor Juana*, Ermilo Abreu Gómez, México, 1938, pág. 14.

¹ *Romancero*, Ismael Moya, Buenos Aires, 1941, pág. 108-9.

demás suntuosas, de los vasallos indianos a su fenecido rey; y regocijada o irónicamente, se aluden las costumbres.

Si los romances se aprenden, se rehacen y constantemente se repiten; si con ellos se dan informes del cotidiano vivir colonial ¿no es presumible que sean conocidos de la célebre jerónima y puedan advertirse en sus redondillas?

El romance *El maldiciente* está consignado en el *Romancero general* de la "Biblioteca de Autores Españoles".¹ Don Agustín Durán, el erudito compilador, anota al pie de la composición el texto del cual está tomado: *Romancero general*. Este dato nos hizo suponer que sería el publicado en 1604. Durán, en una compilación antecedente, *Romancero de romances caballerescos e históricos anteriores al siglo XVIII*,² señala más explícitamente las fuentes que sirvieron para la formación de dicho *Romancero*, que incluye el romance mencionado. Entre los textos citados se encuentra el de 1604: *Romancero general en que se contienen todos los romances que andan impresos, etc.*, 4^o, Madrid, 1604; de aquí tomó Durán el romance *El maldiciente*, pues todos los romances que se cantaban o se habían publicado en las diferentes "Flores", "Rosas" o "Silvas" fueron consignados en esta magnífica colección.

Que el precitado romance provenga de este *Romancero*, indica que para aquella fecha era muy sabido; tal ocurría con los romances viejos o primitivos, grupo en el cual Durán lo cataloga.

Su notorio conocimiento coincide, asimismo, con la época en que los peninsulares, gustadores todos del romance, se desplazan en grandes núcleos a América; y más de alguno, oculto en su bagaje por temor a la Inquisición, traería como un tesoro este *Romancero*.

En los volúmenes de la biblioteca de Sor Juana, de los que da un índice, aunque no completo, de títulos y autores, Ermilo Abreu Gómez, no se menciona ninguno de los romanceros publicados a principios del siglo xvii y que fueron: *Romancero* de 1600, el famoso *Romancero general* de 1604, *Romancero general ahora nuevamente añadido y enmendado por Pedro Flores*, 4^o, Madrid, 1614, "reimpresión del anterior"; *Segunda parte del Romancero general y Flor de diversa poesía recopilada por Miguel de Madrigal*, 4^o, Valladolid, 1605 ("la boga del *Romancero general* abarca de 1600 a 1614"); sin embargo, si figuran en la librería autores considerados heréticos, tales como Lutero y Erasmo, es imposible

1 Madrid, 1851, pág. 182.

2 Madrid, Imprenta Eusebio Aguado, 1832.

que Sor Juana no hubiese conocido cualquiera de estos romanceros tan gustados y leídos, ya que contenían la más bella poesía y eran los manuales del saber popular. Ahora bien, supongamos que ninguno de los romanceros, por la vigilancia inquisitorial, llegase a sus manos; esto no invalida nuestro dicho, pues el tantas veces mencionado romance debió escucharlo, junto con otros, ya que los romances acudían insensiblemente a la memoria de los recién llegados y los repetían los aquí avecindados. Y acaso el mismo padre de la poetisa, don José de Asbaje y Vargas Machuca, venido de la Península, gustaría de cantar los viejos versos solariegos; pues el que un español no recitara estas "pequeñas alhajas y dijes familiares", como atinadamente los llama Menéndez Pidal, equivalía, aunque parezca hiperbólico, a no rezar el Padrenuestro.

Tan sabidos y repetidos eran los romances que no sólo se cantaban de continuo, sino que sus voces y conceptos resonaban en los Corrales, pues fueron venero nutricio de las comedias de Juan de la Cueva y Lope de Vega y hasta *El Quijote de la Mancha* debe, a ellos, el tema de su elaboración.

El mexicano Juan Ruiz de Alarcón, pretendiente en España durante el mayor auge del género romanceril, no es a él insensible. En su comedia *Todo es ventura*, el gracioso, personaje dignificado por Alarcón, expresa sentimientos que pueden semejarse a los de *El maldiciente*. Don Juan, cuya nobleza trasciende a su obra, destaca siempre las cualidades femeninas, y si el romance había hecho tan admirable defensa ¿por qué no aprovechar lo tan bien fundamentado si es su propia manera de pensar? Así lo dice con gran ironía por boca del gracioso:

La murmuración afean,
y están siempre murmurando;
y injurian a quien desean.
¿Qué es lo que más condenamos
en las mujeres? ¿El ser
de inconstante parecer?
Nosotros las enseñamos:
que el hombre que llega a estar
del ciego dios más herido,
no deja de ser perdido
por el troppo variar.
¿Tener al dinero amor?
Es cosa de muy buen gusto,
o tire una piedra el justo,
que no incurre en este error.
¿Ser fáciles? ¿Qué han de hacer

si ningún hombre porfía,
y todos al cuarto día
se cansan de pretender?
¿Ser duras? ¿Qué nos quejamos,
si todos somos extremos?
Difícil lo aborrecemos,
y fácil no lo estimamos.
Pues si los varones son
maestros de las mujeres,
y sin ellas los placeres
carecen de perfección,
¡mala pascua tenga quien
de tan hermoso animal
dice mal ni le hace mal,
y quien no dijere: Amén! ¹

Según el ilustre sorjuanista Manuel Toussaint, Sor Juana conoció e imitó la obra de Alarcón; ¿podemos por ello derivar la redondilla de la comedia antes mencionada?

No lo creemos, primeramente por las razones anteriores y después por las analogías asaz claras que hay entre el romance y la redondilla, cuyo tópico común es el insistir masculino para el logro de sus propósitos y que en Ruiz de Alarcón no aparece.

Entre lo dicho por el gracioso Tristán, y lo sostenido por Sor Juana, existen sólo los nexos de la natural semejanza que proviene de la referencia al mismo asunto, por dos autores tratado. Sor Juana encontró en los versos alarconianos la repetición de un tema que ya conocía.

A continuación establecemos los paralelos entre *El maldiciente* y la redondilla. El romance principia de este modo:

Ese conde Cabreruelo,
con el rey come a la mesa,
¡oh cuán mal que se abaldona
a toda mujer ajena!
Apuesta que no hay ninguna,
¡ved cuán mal pensada apuesta!,
si le escucha dos razones
que de amores no la venza.
Como el amor atrevidas,
como la fortuna ciegas,
como el honor peligrosas,

1 *Comedias de Juan Ruiz de Alarcón*, "Biblioteca de Autores Españoles", Rivadeneyra, tomo 20, págs. 133-4.

como la fortuna inciertas,
así jura que son todas:
¡Falsa jura!, ¡injusta tema!

La desmedida jactancia masculina, manifiesta en las afirmaciones del conde, obliga a una mujer a contestar el insulto, aduciendo para ello sensatas razones: los hombres son los únicos responsables de los yerros femeninos:

La reina que tal escucha
dió sañuda tal respuesta:

Traidores hombres del mundo
han hecho traidoras hembras,
dellos aprendieron culpas,
si culpas cometen ellas . . .

¿No está contenido el pensamiento del romance en la reconvención de Sor Juana? Oigamos los argumentos de la monja, que comienza calificando con preciso adjetivo, pues otro no merece quien ilógicamente se espanta de su propia obra, con gran agrado y constancia realizada:

Hombres necios que acusáis
a la mujer sin razón,
sin ver que sois la ocasión
de lo mismo que culpáis:

si con ansia sin igual
solicitáis su desdén;
¿por qué queréis que obren bien,
si las incitáis al mal?

Combatís su resistencia,
y luego con gravedad
decís que fué liviandad,
lo que hizo la inteligencia.

Parecer quiere el denuedo
de vuestro parecer loco
al niño, que pone el coco,
y luego le tiene miedo.

Con el favor y el desdén
tenéis condición igual,
quejándoos, si os tratan mal,
burlándoos, si os quiere bien.

Opinión ninguna gana,
pues la que más se recata,
si no os admite, es ingrata,
y si os admite, es liviana.

Siempre tan necios andáis,
que con desigual nivel
a una culpáis por cruel,
y a otra por fácil culpáis . . .

De la diligencia, tesón y métodos que emplean los hombres para hacer a su semejanza a las mujeres, y dejarlas después, inermes ante duras e impertinentes críticas, el romance había dicho con antelación:

Ellos hablan, ellas oyen,
y de mentiras discretas
dichas hoy, dichas mañana;
¿quién habrá que se defienda?

Favorecidos se alaban,
disfaman si los desprecian;
la que los escucha es fácil,
la que no les habla es necia . . .

y confirmando la experiencia del refrán “el que persevera alcanza”, el premio de la insistencia siempre se obtiene:

Muchas quejas, muchos dones,
¡qué mucho que a ellas prendan!
Ejemplo es la piedra dura
que agua continua la mella.

Tanto la reina del romance como Sor Juana Inés se encuentran perplejas por la figura femenina, no humana desde luego, que se ha forjado el “mezquino amador”. La reina deduce:

—Todas malas no es posible,
ni es posible todas buenas:
yerbas hay que dan la vida,
y quitan la vida yerbas . . .

Y Sor Juana, con gran enojo:

¡Pues cómo ha de estar templada
la que vuestro amor pretende,
si la que es ingrata ofende
y la que es fácil enfada?

El romance da otra razón más en defensa de la mujer: hados terribles y maléficos —concepción que rige el amor medieval— marcan su destino y explican el por qué de su conducta:

Cuantas nacen, cuantas viven,
por agüero de su estrella,
a quien menos las merece
se inclinan con mayor fuerza . . .

Sor Juana misma, a pesar del intelectualismo del que raras veces prescinde, nos descubre en sus sonetos su corazón de mujer lacerado por grandes desdichas que no merece quien las causa y que, sin embargo, a él la inclinan. Así el soneto que dice:

¡Ves de dolor y angustia el alma llena,
de tan fieros tormentos lastimada,
y entre las vivas llamas abrasada
juzgarme por indigna de su pena? . . .

o más claramente en este otro:

a quien más me desdora, el alma ofrezco;
a quien me ofrece víctimas, desdoro;
desprecio al que enriquece mi decoro
y al que le hace desprecios enriquezco . . .

Con gran moderación la reina ha expuesto sus alegatos; en cambio Sor Juana se impacienta tanto por la necedad varonil, que no disimula su alegría cuando se les desprecia. Más adelante, vuelve a insistir en la discordancia entre el sentimiento y la actuación que únicamente conducen a los impugnadores a fundamentar sin razones:

Dejad de solicitar,
y después con más razón,
acusaréis la ficción
de la que os fuere a rogar . . .

Y termina deshaciendo el argüir infamante con armas irrefutables:

Bien con muchas armas fundo
que lidia vuestra arrogancia,
que en promesa e instancia
juntáis diablo, carne y mundo.

El romance y la redondilla, con sus opiniones afines sobre la asiduidad y falsía de los varones, son la respuesta a las torturantes condiciones ambientales, más sensibles aún, para aquella de extraordinario talento y saber:

a que sólo me diste entendimiento
porque fuese mi daño más crecido . . .

Las letras españolas reproducen la impresión masculina con respecto a la fémína; alguna vez el delicioso tunante Arcipreste de Hita y Lope de Vega guardan una actitud sincera consigo mismos, tal como lo desea Sor Juana:

Queredlas cual las hacéis
o hacedlas cual las buscáis . . .

actitud consonante a su "vitalismo" y al temperamento hispánico del que son fieles exponentes; sólo que el comportamiento de estos dos poetas se pierde en la balumba de dicterios que llenan las obras literarias.

En América, las mujeres de comienzos del xvii tampoco salen bien libradas. Mateo Rosas de Oquendo —algo más pícaro que buen poeta—, durante su estancia en el Perú, traza su semblanza: saben de engaños y fingen tener —pues no tienen— diferentes maneras de ganarse decorosamente el sustento. En 1612 (?) está en Nueva España y, refiriéndose a nuestras abuelas, afirma que gustan en demasía del juego de albures, e incansablemente indagan la posición económica del galán, pues aquí:

lo que no alcanza Amor,
todo el interés lo alcanza . . .¹

Por estos motivos, Sor Juana, la capacitada, emprende con poderoso alarde femenino la rebelión contra las limitaciones que implica el triunfo de la diligencia:

para pretendida Tais,
y en la posesión Lucrecia . . .

y se identifica plenamente con el romance que, como trasunto del pensamiento popular, apoya siempre a la mujer; y así lo reitera *El maldiciente*:

¹ *Capítulos de literatura española*, Alfonso Reyes, La Casa de España en México, 1939, pág. 52.

Enmendaos, amigo conde,
y de hoy más las damas sean
vuestra paz, no vuestra guerra;
levantad la parte humilde
que es hazaña de alta empresa:
todos de mujer nacimos,
volvamos todos por ellas.

BIBLIOGRAFIA

- ABREU GÓMEZ, ERMILO. *Semblanza de Sor Juana*. México, 1938.
- . *Bibliografía y biblioteca de Sor Juana*. Bibliografías Mexicanas, MCMXXXIV.
- Comedias de Juan Ruiz de Alarcón*. Biblioteca de Autores Españoles. Madrid, 1852, tomo 20.
- Romancero*. Ismael Moya. Buenos Aires, 1941.
- Romancero general*. Biblioteca de Autores Españoles. Madrid, 1851.
- Romancero de romances caballerescos e históricos anteriores al siglo XVIII*. Agustín Durán. Madrid, 1832, tomo I.
- TOUSSAINT, MANUEL. *Sor Juana Inés de la Cruz*. Clásicos Mexicanos, México, 1928.